CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

CONSAGRARSE AL AMOR
(CAMINO DE SANTIDAD 8 CLAVES)

Link a YouTube https://www.youtube.com/watch?v=yIT6KG—smv4

Consagrarse al Amor.

Este es el título que he puesto a esta reflexión: «consagrarse al Amor», y he elegido como subtítulo «camino de Santidad, ocho claves».

Sobre el título Consagrarse al Amor. Es una palabra, es una expresión que no es de ningún autor concreto, que en realidad tiene sus raíces en la Sagrada Escritura, en la patología. Santa Margarita María de ALacoque utilizó expresiones como consagrarse al Corazón de Jesús, consagrarse a su Amor, vivir en su Amor. Y el Papa León XIII habló de consagrarse al Amor Divino, con lo cual es una expresión que está plenamente enraizada en la espiritualidad del Corazón de Jesús.

La fuente de esta charla es este libro, que muchos conoceréis: «*Mi Doctorcito*», un libro del P. Henoc Tailleau, que se ha ido difundiendo, a pesar de que no está publicado en una de esas editoriales al uso, y que pienso que es una joya. ¿Cuál es el contenido del libro? Pues lo que plantea es lo que Santa Teresa de Jesús hizo con el «*Camino de Perfección*»: es describir el Camino de la Santidad y lo hace desde ocho claves, por eso he puesto el subtítulo de «Camino de Santidad, ocho claves».

En este libro, «*Mi Doctorcito»*, refiriéndose a Teresita de Lisieux, creo que se compara, se coteja, la espiritualidad de Teresita de Lisieux con Santa Faustina Kowalska, con la Madre Teresa de Calcuta, con Santa Teresa de Jesús, con San Juan de la Cruz, con San Francisco de Sales, San Luis María Griñón de Monfort, con Tomás de Kempis y también con una mística católica francesa, Gabrielle Bossis.

Es una joya de libro porque ha hecho un recorrido por todos esos autores de espiritualidad, comparándolo y viendo cómo, las grandes intuiciones de Santa Teresita, están presentes en lo que es la gran tradición de la ascética y mística de la Iglesia Católica.

Entonces, sin perder más tiempo, voy a describirlo. Este libro tiene ocho capítulos y habla de ocho claves: ocho claves de Santidad.

1º Amar a Dios es amar Su Voluntad.

Ya sabemos que el primer mandamiento dice: «*Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu mente, con todo tu ser*». Pero tenemos que reconocer que eso, en nuestra cultura, es muy fácil que sea malinterpretado; desde parámetros sentimentalistas o emotivistas, es muy fácil que sea malinterpretado. Amar a Dios es sentir, tener una especie de sentimiento. Hoy en día, desde esta especie de "experiencialismo" parece que uno necesita sentir; casi se confunde amar con sentir, y eso no es así ni remotamente. Dice Santa Faustina: «*No te dejes guiar por el sentimiento, porque el sentimiento no está siempre en tu poder. Todo el mérito está en la voluntad, no en el sentimiento*». Entonces, amar a Dios es amar Su Voluntad. Mientras que yo no ame Su Voluntad, no Le estoy amando verdaderamente.

Es como el que dice: «Mamá, si yo te quiero mucho, pero ya sabes que siempre hago lo que me da la gana»… A ver, no es verdad que yo le quiera mucho a mamá… No es verdad… Tú confundes emotivismo con Amor.

La Voluntad de Dios, que esto es lo que nos cuesta entender, no es algo genérico, impersonal… La voluntad de Dios es guardar los mandamientos, sí, pero la Voluntad de Dios es más que eso; son los Deseos de Jesús, lo que a Jesús Le agrada. Luego, amar a Dios es *amar* Su Voluntad, amar lo que a Jesús le agrada.

Santa Teresita dice, por ejemplo: «*no tengo más que un deseo, el de hacer Su Voluntad. Los grandes santos trabajaron por la Gloria de Dios, pero yo no soy más que un alma pequeñita, solo trabajo para complacerle y para satisfacer Sus deseos… ya hay bastantes que son útiles, mi sueño es el de ser un juguetito inútil en las manos del niño Jesús».*

La madre Teresa de Calcuta, una gran discípula de Teresita de Lisieux, dice: «*Jesús, acepto lo que Tú me des y Te doy todo lo que tomes de mí". "Quiero que Jesús se sienta a gusto conmigo, que no se preocupe de mis sentimientos, incluso que no se preocupe de la oscuridad de mi vida* — dice Madre Teresa — *yo quiero agradar a Jesús»*.

Y, fijaos, luego llega Santa Teresa de Jesús y dice: «*¿Pensáis que quien muy de veras ama a Dios puede amar vanidades?* — dice — *todos sus deseos se emplean en contentar a Dios*". Es la famosa frase de Santa Teresa: *"Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?"».*

Ésta es la primera clave. La primera clave de la Santidad es que, lo relativo al Amor a Dios: «*Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu mente»*, tenemos que entenderlo en amar la Voluntad de Dios: **¿Qué es lo que Dios quiere? ¿Qué es lo que Dios desea? ¿Cómo alegro el Corazón de Dios? ¿Cómo le contento al Corazón de Dios?** Esta ha sido la clave de Teresita y de los santos.

Y tenemos que purificar, purificar esa concepción que tenemos de amor emotivista, sentimentalista. Esa es la primera clave. Amar a Dios es amar Su Voluntad, buscar agradarle, darle alegrías a Dios. Yo quiero darle alegrías al Corazón de Jesús.

2º para conocer Su Voluntad es necesario mirarle.

Mirarle.

San Francisco de Sales dice que hay dos maneras de conocer lo que le agrada a Dios. Una es considerar lo que está mandado, y otra es mirar a los ojos de Dios e intuirlo en Su mirada.

Dos personas que se aman se entienden con la mirada, comprenden uno la mirada del otro, y ésta es una segunda clave.

Por desgracia, nos miramos mucho a nosotros mismos y, por tanto, no terminamos de descubrir cuál es el agrado de Dios, porque me miro a mí mismo queriendo hacer la Voluntad de Dios. Así no miras al Señor, así no te estás enterando. Tenemos que buscar los ojos de Dios para descubrir Su Voluntad, no dar por supuesta la Voluntad de Dios y mirarnos a nosotros mismos.

Esto es lo que le pasó a Marta. Marta, quien pensaba que ya conocía el agrado de Jesús, ya no Le miraba. Hacía cosas por Jesús, pero sin mirarle. Y esto, puede ocurrir mucho en nuestra vida. Esto tiene muchas aplicaciones concretas. Puede ocurrir hasta en una genuflexión: uno hace una genuflexión y… ¿se la hago a Jesús o se la hago al vacío? Estoy mirándole a los ojos, oh… incluso puede ocurrir en las oraciones que pronunciamos: ¿traes el corazón en las palabras que dices, le estás mirando al decírselo o las dices al vacío?

La clave de buscar en la mirada de Jesús cuál es Su Voluntad es muy importante.

Hay una anécdota de Madre Teresa de Calcuta, que está recogida en este libro, que no me resisto a leerla. Dice ella: *«Una vez vi a una hermana yendo al trabajo apostólico con cara triste, entonces, le llamé a mi habitación y le pregunté: hermana, ¿qué dijo Jesús, que llevemos la cruz delante de Él o que Le sigamos? — Me miró y me dijo: que Le sigamos — Entonces, le pregunté: ¿Y por qué intenta usted ir delante de Él?". Dejó mi cuarto sonriendo, había entendido el significado de seguir a Jesús».*

Mírale y síguele. No pretendas ir tú delante haciendo cosas.

Por lo tanto, decimos que amar a Dios es amar Su Voluntad, pero, en segundo lugar, yo para amar Su Voluntad, tengo que vivir a la luz de Su mirada, tengo que vivir en Su presencia, cruzar mis ojos con los suyos y ver en esa mirada si lo que estoy haciendo es de Su agrado, si lo hago en Su presencia, y entender en esa mirada Suya si me está pidiendo algo más.

3º Aprender a dárselo todo.

Amar es dar.

Darse incluso a uno mismo. Darnos a nosotros mismos.

Si amamos de verdad a Jesús, ¿cómo vamos a anteponer algo a éste Amor? ¿Cómo vamos a disgustar a Jesús negándole algo? Si yo le amo e intuyo que, en esa mirada, que nos estamos cruzando, me pide algo, ¿cómo se lo voy a negar? Entonces, me pongo en la presencia de Dios y cada uno tiene que intuir qué me está pidiendo el Señor que le dé, qué me está pidiendo que le entregue, sea una cosa grande, sea una cosa pequeña.

Entonces, imaginate que el Señor te pida, que me pida a mí: «*Yo quiero de ti, menos horas de ordenador y más horas de sagrario*». ¡Que lo puedes intuir! Lo puedes intuir fácilmente si le miras, y al final dices: «*No, no, si me si me lo está clavando*». Entonces, si te pide eso, ¿qué vas a hacer? Dárselo, no negarle nada. Yo quiero agradar a Jesús. Yo aquí, ¿para qué estoy? ¿Para hacer cosas o para agradar a Jesús? ¿Cuál es el objetivo de mi vida?

Esta es la clave. Santa Teresa de Jesús, en el libro de *Las fundaciones*, le dice a sus hijas: «*Miren que por muy pequeñas cosas va el demonio barrenando agujeros por donde entren las cosas grandes. No les acaezca decir: En esto no va nada, que son exageraciones — ¡Oh, hijas mías, que en todo va mucho!».* Dice: ¡cuidado!, no digas, "esto es una bobada", ¡cuidado!, que en las cosas que te parecen pequeñeces se están introduciendo ahí cosas importantes. Si tú sientes que en tu mirada el Señor te está pidiendo algo, ¿cómo se lo voy a negar?

Madre Teresa de Calcuta, al igual que Teresita, entiende que, un criterio para dar las cosas (porque hemos sido seducidos por la mirada de Jesús, ya que en esa mirada hemos visto qué le va agradar a Jesús), es darlo de manera gozosa y alegre. Darlo de manera gozosa y alegre. Dice ella en sus cartas: «*rece por mí para que pueda mantener la sonrisa de dar sin reserva".* Y fijaros, dice Madre Teresa: "*que pueda mantener la sonrisa de dar sin reserva».* Sabemos que ella dijo esto en momentos de noche oscura interior muy fuerte. A su director espiritual le dice: "*solo puedo hacer una cosa, como un perrito, seguir de cerca las huellas de su Amo. Rece por mí para que sea un perrito alegre».* Es decir: yo quiero, pero quiero ser alegre, si no, la entrega que estoy haciendo no es una entrega verdadera, mi entrega tiene que ser alegre… ¡Tiene que ser alegre!

O sea que, Madre Teresa de Calcuta entiende que al darle a Él alegría, encuentra ella su propia alegría. ¿Dónde está la alegría de los santos? En darle alegrías a Jesús. Le voy a dar alegrías. Esta es mi alegría. Como un niño inocente, porque hay un momento de la infancia que es maravilloso, en el cuál, la alegría de los niños es darles alegrías a sus padres. Eso es una maravilla de inocencia, se tendría que parar la cosa ahí… Dice:

“madre mía, en ese momento de la infancia en el que existe ese corazón inocente en el que el niño le da alegrías…” Esa es nuestra relación con Dios.

Pero, cuidado, que muchas veces lo que tenemos que entregar o dar, no son nuestros éxitos, sino muchas veces nos toca dar nuestra pequeñez y nuestra miseria, y esto puede requerir más desposesión de nosotros mismos que si tuviésemos que entregarle mis tesoros: *“aquí tienes Jesús”*, claro, a un niño le es mucho más fácil entregar a sus padres algo bueno: "*papá, mira qué notas tan buenas he sacado”, “mira, no sé qué*» Claro, eso lo hace muy bien, pero muchas veces, nuestro darnos completamente, es entregarle nuestra pequeñeza y nuestra miseria, lo cual supone un auténtico despojamiento, y esto supone no codiciar las riquezas, ni siquiera las espirituales, ni siquiera codiciar las riquezas espirituales.

Hay un texto emblemático, de Teresita de Lisieux, que ha sido citado por el Papa Francisco en “*Dilexit nos”,* y el Papa decía que le parecía que en esta cita estaba como una cumbre de la espiritualidad católica. El texto es el siguiente: “*las riquezas espirituales hacen injusto al hombre cuando se apoya en ellas con complacencia. Lo que le agrada a Dios es mi pobre alma. Lo que le agrada es verme amar mi pequeñez y mi pobreza. Es la esperanza ciega que tengo en Su Misericordia».*

Esto supone despojarnos de esa satisfacción de sentirme fuerte, de vernos fieles, de que he tenido una brillante ocurrencia. Tengo el orgullo de ver que tengo avances espirituales, siento consuelos profundos… Experimento consuelos, experimento avances. Todas esas cosas acaban siendo unos apoyos en los que uno se puede apegar a ellos, y estás casi más apegado a tus consecuciones, a tus logros, que a darle alegrías al Corazón de Jesús.

Nos cuesta vaciarnos de méritos, fuerzas, virtudes, pensamientos, fidelidades, fervores, deseos, talentos, consuelos, porque nuestro corazón es de chicle y se apega a todo. Te apegas hasta de tu rosario, como decía San Juan de la Cruz. Te apegas hasta de tus consuelos. Es muy fácil en nosotros el apego a las cosas incluso buenas y santas, poniendo en ellas nuestro corazón y no en el Señor. Y por eso el Señor quiere que hagamos entrega de nuestra pequeñez y nuestra miseria, de la cual es difícil apegarse. Claro, porque apegarse a la pequeñez y a la miseria… eso ya, va siendo más difícil.

Una anécdota, que cuenta una hermana de religión de Teresita de Lisieux, que está contada un poco en el contexto de los testimonios que se tomaron en el proceso de canonización. Dice: «*le expresaba una vez a Teresita mi deseo de saber de memoria los textos de la Sagrada Escritura y Teresita me respondió: “de modo que quieres riquezas. Apoyarse en eso es apoyarse en un en un hierro candente. Te va a quedar una marca”»*

Fíjate lo que le dijo: "a ver, ¿tú, qué quieres, tener la satisfacción de que me sé la escritura de memoria, y me sé todas las citas?; yo que tú no haría eso”. Fíjate qué respuesta le dio Teresita diciendo: "¿qué pasa, qué quieres, la satisfacción de que lo

controlo todo?" Es decir, que la clave está en amarle sólo a Él, sin entregar el corazón a los instrumentos, sin apoyarse en nada más que en Dios mismo, sin alforja, sin mochila, sin dinero. Cuando dice el Señor id a evangelizar sin alforja, sin mochila ¿a qué se refiere? pues se refiere a todo, a todo aquello en lo que podamos tener nuestro apego, y entre ello, están las riquezas espirituales. Por eso al Señor, ¿qué es lo que más le agrada de nuestra ofrenda?, pues lo que más le agrada es que nosotros no vivamos apoyados en nuestras riquezas. Al Señor, ¿de qué le sirve que nos apoyemos en nuestros consuelos espirituales, en las grandes experiencias que hemos tenido? Al Señor, le puede ayudar mucho más para cautivar nuestro corazón, que partamos de nuestras sequedades, sinsabores, contradicciones y se las ofrezcamos. Será más fácil que así no haya apego en nuestros corazones.

El Kempis dice: «*cuando piensas que estás lejos de Dios, estoy más cerca de ti, regularmente*». Porque, en esa sensación también de que yo no poseo, no controlo, me parece que estoy lejos, el Señor dice: ahora es cuando, sin embargo, estoy más cerca de ti.

En resumen, estamos llamados a entregarlo todo, a ser generosos en la entrega de todo, a todo lo que entendamos que, en esa Mirada que nos hemos cruzado con Jesús, a Jesús le agradaría que yo le entregue esto y lo otro. Pero cuidado, no solo nuestros tesoros, sino especialmente nuestra pobreza y nuestras miserias.

4º Por la abnegación a la liberación.

Sabéis que Jesús nos dice en Mateo 6:24: «*no podéis servir a dos señores, porque despreciaréis a uno y amaréis al otro, o al contrario, os dedicaréis al primero o no haréis caso del segundo*». ¿Quiénes son esos dos señores? la Voluntad de Dios y la voluntad propia.

A ver, tú no puedes servir a dos señores.

Entonces, no podemos olvidar que partimos de una antropología caída, herida, en la que el alma, fruto del pecado original, fruto de nuestros pecados personales, fruto de la distorsión que hay dentro de nosotros, el alma humana no quiere bien, no sabe amar. Y en consecuencia no percibimos bien nuestros problemas. Somos esclavos de vanidades, caprichos, percibimos las cosas muy distorsionadamente. Y por ello ocurre, a menudo, que lo que Jesús nos pide contraría a la naturaleza; lo experimentamos como algo que me está contrariando, va contra mi gusto, contra mi apetencia. Eso es muy frecuente.

Es eso que dice alguien, así en plan irónico: «*a ti todo lo que te gusta o engorda o es pecado*» Eso, obviamente, es un dicho, no precisamente no nacido de la mística cristiana sino todo lo contrario, pero que tiene algo de cierto; ¿y qué es lo que tiene cierto? que obviamente, fruto de que la naturaleza humana está herida, tiene un problema con su paladar, y es que, le apetece lo que es malo para él y, lo que es bueno

para él, no le apetece. Tenemos un problema de distorsión del paladar. Nuestro paladar está distorsionado, entonces, en esa llamada que el Señor nos hace a entregarnos, solemos tener resistencias. Cuando, por ejemplo, el Señor nos pide superar caprichos en la comida o en las curiosidades, en las conversaciones o en las acepciones de personas, en las simpatías y antipatías, vemos que nos cuesta, naturalmente. Y además, a la hora de luchar contra esa tendencia contraria comprobamos nuestra debilidad. Comprobamos que nuestra debilidad es más fuerte que nosotros mismos.

Así lo dice el salmo 141: «*líbrame de mis perseguidores que son más fuertes que yo».* La verdad es que es impresionante. Y Jesús sentencia: «*el Reino de Dios sufre violencia y solo los violentos la arrebatan»*. Como diciendo, tiene que haber batalla dentro de ti. A ver, dentro tiene que haber batalla; si no hay batalla por la abnegación, por la mortificación, no vas a llegar a la liberación. Te vas a dejar llevar por la naturaleza herida, herida por el pecado original, lo lógico es que en nosotros haya batalla interior.

Dice el Kempis: «*mucho y de continuo conviene que pelee el hombre consigo mismo para que aprenda a vencerse del todo y así pueda traer todo su deseo cumplidamente a Dios».*

Uno cuando se adentra en esta batalla dentro de sí mismo, contra su yo herido por el pecado original, descubre que mi rival es mi propio yo, que ha vivido camuflado dentro de mí, que me ha tenido engañado. El enemigo lo tengo en casa: es la herida que el pecado ha hecho en mí. Y qué inmenso reto se abre entonces ante nosotros, conquistarnos a nosotros mismos, doblegar la tiranía de nuestro propio yo, es el camino de la abnegación.

Entonces, ¿cómo hacerlo? Teresita de Lisieux es una fiel discípula de San Juan de la Cruz. San Juan de la Cruz nos habló de ese camino de las nadas. Leo un párrafo breve de *La Subida al Monte Carmelo* (la parte primera, capítulo 13) donde le da indicaciones al alma cristiana que quiere luchar por la abnegación, que quiere luchar por la mortificación, sobre cómo tiene que llevar adelante esa batalla interior:

> *«Procure siempre inclinarse no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso, no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido. No a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto. No a lo que es descanso, sino a lo trabajoso. No a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo. No a lo más, sino a lo menos. No a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado. No a lo que es querer algo, sino a no querer nada. No andar buscando lo mejor de las cosas temporales, sino lo peor, y desear entrar en toda desnudez, vacío y pobreza por Cristo de todo cuanto hay en el mundo».*

Claro, uno escucha esto, escucha esto de San Juan de la Cruz y dice: "madre mía, Dios mío, qué proyecto de vida este… Me parece una carga demasiado pesada… O sea, es que, madre mía…” Claro, uno lee esto y se pega un poco de susto, pero fijaros, tener esa sensación de que esto es inhumano, es una tentación. Es una tentación porque lo

que es cierto es que la infelicidad está en dejarnos arrastrar y que la felicidad es cuesta arriba y la infelicidad es cuesta abajo. Esa es la verdad.

Con lo cual, aparentemente, esto que parece inalcanzable, es camino de felicidad y obviamente es un don de Dios, que tengo que pedir la gracia de poder alcanzarlo porque por voluntarismo no vamos a hacer esto. Nosotros no creemos en ese autocontrol del cem donde: “no hay deseos, voy a renunciar a todos los deseos”; no creemos en esa anulación de los deseos, “no hay dolor. No hay dolor. Oiga, pues a mí, si me pincha, me duele” No es verdad esa antropología falsa, no es verdad.

Nosotros partimos de la realidad de la vida. Y entonces, humildemente pedimos al Señor: «Señor, dame la gracia de dártelo todo. Y obviamente, Jesús, si Tú has sembrado en el alma este deseo de dártelo todo, confío en Tu gracia Yo, por puro voluntarismo no voy a hacer esto, es imposible, pero poco a poco Tú me vas a dar la gracia y voy a ir experimentando el camino de liberación»

Porque según vaya avanzando y vaya viendo cómo la liberación me hace feliz, eso me dará fuerzas para dar más pasos. Aprenderé a gobernar lo que mis ojos miran, en vez de estar todo el día mirando cosas de curiosidad. Mortificaré mi mirada curiosa. Aprenderé a gobernar lo que sale de mi boca, en vez de: «primero lo digo y luego lo pienso»; o aprenderé a gobernar mis impulsos de antipatía y simpatía, haciendo acepción de personas según me caen bien o me caen mal. Y Dios me irá dando una alegría interior, que eso me dará todavía más esperanza para seguir caminando. Y lo que parece inalcanzable, inhumano, lo llegamos a sentir como un don que nos otorga un gran descanso, nos sentimos liberados. En la medida en que vamos gobernando nuestras inclinaciones, nos permitirá centrarnos en las cosas importantes; porque si tú en vez de dejarte llevar por todo lo que los sentidos y las apetencias en cada momento te están arrastrando ellas, si tú acoges la Gracia de Dios, para despojarte por la mortificación, por la abnegación de eso, eso te va a permitir centrarte en lo que es importante en la vida. Te va a hacer un alma apostólica, capaz de amar a los demás, porque no estás perdiendo el tiempo con todos esos desórdenes que genera el dejarnos arrastrar por la apetencia de nuestra naturaleza.

Y entonces se producirá un pequeño Milagro. Santa Teresa de Jesús con mucha gracia, que ella tenía mucha gracia, tiene también aquí una expresión muy bonita que dice: «*Hele aquí al hortelano hecho alcalde*», como diciendo, «Mira, nosotros que somos un hortelano, que en fondo estamos trabajando la tierra de nuestra alma (quitándole las malas hierbas, regándola) *hele aquí al hortelano hecho alcalde*». De repente el Señor nos permite gobernarnos y sentir la liberación interior de permitir que Cristo reine en nosotros. Y así se cumple aquella profecía de Ezequiel: *«Os daré un corazón nuevo».* Claro, el Señor nos lo dará, pero nos lo dará en batalla. O sea, no esperes a que te lo dé para batallar, no. Tú batallando recibirás de Dios esa gracia de la abnegación, de la mortificación interior.

Por tanto, la clave es desear y pedir esta gracia: dame la gracia de Tu Voluntad. Inclina mi corazón a Tu Voluntad. Yo no puedo ser feliz cuando detecto en mi vida montones

de desórdenes, de caprichos, de cosas que no le agradan a Jesús, que no son su alegría. Yo tengo que pedir la gracia de ese ordenamiento interior entregándome a esa batalla. Y Teresita descubre este camino de abnegación plena como hija de San Juan de la Cruz. Y esto es algo que, a mí, este libro de *Mi Doctorcito,* me ha iluminado en una cosa muy obvia, y es a desenmascarar las falsas imágenes que se hacen de Teresita de Lisieux. Porque de Teresita de Lisieux, con mucha frecuencia, se hace una imagen distorsionada en la que se deforma su espiritualidad reduciéndola a un camino de confianza, como si el camino de Teresita no fuese un camino de penitencia. Es como si dijéramos de ella: "Teresita es la que dice que Dios es bueno. Yo soy demasiado pequeña para hacer penitencia. Yo no hago penitencia porque confío en la Misericordia". A ver, esa imagen de Teresita es un timo. Es un timo, un timo, una deformación completa. Se corre el peligro de confundir la sencillez de Teresita con la acomodación de las exigencias de la Santidad al mínimo esfuerzo. Eso no es verdad. Se corre el riesgo de confundir la simplicidad con la mediocridad piadosa. Y eso es una deformación de Teresita. Y lo cierto es que Teresita de Lisieux tuvo una mortificación interior heroica, heroica, tremenda. Fue tremenda Teresita de Lisieux, no en las penitencias exteriores, que muchas con su salud no podría hacer, sino sobre todo las interiores. Por ejemplo, dice Teresita: «*Hay que hacer todo lo que está en uno, dar sin cuento, practicar la virtud en toda ocasión, renunciar a sí mismo constantemente. Ofrecerse como víctima es entregarse sin reserva a complacer al Buen Dios. Es compartir con Jesús sus humillaciones y Su Cáliz de amargura».*

Y precisamente la gran gracia de Navidad de 1886, de la que tanto se habla, esa gracia que tuvo ella cuando vio que era el último año que le iban a poner el regalo de Reyes, consistió en un espíritu de abnegación muy fuerte, venciendo ella el carácter hipersensible que tenía. Para ella ese vencimiento interior es heróico. Lo cierto es que ella elige las tareas más fatigosas en la comunidad que los demás no querían hacer. Teresita rechazaba las comodidades, por ejemplo: solían allí en el monasterio a veces calentar las zapatillas para el invierno, porque claro, en Lisieux, allí arriba, en el invierno, había una temperatura muy baja; y ella pues procuraba ofrecerle a Jesús flores espirituales, como diciendo: "no pongo las zapatillas en la calefacción para calentarlas". O sea, le ofrecía al Señor sus renuncias. Incluso parecía sentir un cariño especial por las religiosas que más le hacían sufrir. Nadie intuyó quién le caía mal, porque precisamente el que le caía mal, ella hacía el gran esfuerzo de estar con ella, y buscaba su compañía. Y en la recreación evitaba complacerse sentándose junto a sus tres hermanas, que tenía tres hermanas en el Carmelo, y ella evitaba sentarse con sus hermanas y se sentaba con las que en teoría notaba que le tenían a ella un poco de tirria.

Sí, su vencimiento interior fue muy grande. Ella tenía claro que la causa de la falta de la Santidad en los conventos es la falta de Amor y, que la causa de la falta de Amor, es el no haberse tomado en serio la abnegación, la mortificación. Claro, si tú no le entregas a Dios todo, así tu Amor va en declive. Si tú aprendes a darle a Jesús todo lo que intuyes que en esa mirada te está pidiendo, pues obviamente tu amor va incrementando. Decía Teresita: «*Los sacrificios que te cuesten debes hacerlos con alegría. Sé vigilante para*

no perder ninguna oportunidad. Si conocieses cuánto vale a los ojos de Dios una pequeña renuncia, la buscarías como el avaro busca su tesoro».

Por eso insisto, que de Teresita de Lisieux se ha hecho una imagen deformada completamente, el camino de la confianza contrapuesto al camino de la penitencia. Es ridículo.

Pasa una cosa, «*esto que parece imposible* (esto es lo que Teresita entiende), *Dios lo da como un don».* Como un don. Te lo da como un don. Además, acompañado por la experiencia de cómo todo lo que es la atracción carnal de este mundo, al final, aunque parece muy placentera, en realidad te deja cansado, hastiado y vacío. Sin embargo, lo que Dios te pide, que parece que cuesta sacrificio y desprendimiento, te da paz y alegría. Y Dios te lo va haciendo entender. Y te va haciendo entender que la abnegación es una liberación. La mortificación es una liberación que aunque pueda resultar dolorosa en un primer momento, progresivamente más y más va siendo gozosa. Porque es como he dicho antes, es ir educando el paladar. Antes te resultaba atractivo lo carnal, lo pecaminoso, y según vas educando tu gusto, al final, te resulta atractivo estar con Jesús, o sea, porque has ido educando, educando tu paladar.

Esto lo dice el padre Pío de Pietralchina, en una carta, que a mí cuando vi esa expresión dije: "Pero qué expresión tan buena". El padre Pío decía: *«En la vida espiritual, cuanto más se corre, menos se cansa uno»*. Es una gran verdad porque claro, si uno coge y se lo entrega todo al Señor, esto… ahora, como vayas: entrego esto, pero esto otro no; pero esto un poco sí, pero esto ya no… Madre mía, así se cansa uno muchísimo… Es como cuando vas de compras por ahí, vas de compras con tu madre y paras a ver una cosa, vuelves, paras… así se cansa uno más que yendo al monte haciendo una marcha.

Pues con la vida espiritual, *mutatis mutandis*, pasa algo por el estilo. En la vida espiritual cuanto más se corre, menos se cansa uno. Pero, como vayas: "entrego esto, sí, pero esto otro no; Yo también necesito un poco de vidilla; Esto para mí, esto para ti, Jesús, esto para mí…" Así, así se cansa uno muchísimo y no disfrutas y no lo gozas.

Bueno, esta es la cuarta clave: de la abnegación, por la abnegación a la liberación.

5º Superar el miedo

El miedo que nace de la desconfianza.

A Dios le duele nuestro miedo hacia Él. O nuestro miedo a nuestra vocación, porque ese miedo nace de una desconfianza. Recordad como cuando aconteció el pecado original, Adán y Eva oyeron que Dios se acercaba al jardín y se escondieron de Él «*porque tuve miedo y me escondí de Ti*». ¿Por qué tienes miedo? El miedo supone dudar de su palabra. El miedo supone dudar de su promesa, de su Amor. Como dice el refrán: «*la duda ofende*», el miedo ofende.

Santa Teresa de Calcuta comparte en una de sus cartas, de un libro maravilloso: «*Ven, sé mi luz*», (pongámonos en contexto: una mujer como ella, en aquellos años, recibir una llamada de Jesús: “Deja tu orden religiosa, salte a la calle, empieza, Yo te voy a mostrar el camino”... ¡madre mía!, ¿a dónde voy yo? “Hablarás con el arzobispo”, con el arzobispo… ¿yo?. Tú imagínate, ponte en su lugar). Entonces ella escribe, le dice a Jesús: «*¿Dejarás, Tú, que mi alma se pierda? Tengo mucho miedo, Jesús. Tengo muchísimo miedo. No me dejes ser engañada. Tengo mucho miedo. Ese miedo me muestra cuánto me quiero a mí misma. Tengo miedo del sufrimiento que vendrá*». Y Jesús le responde y le reprocha sus miedos. Y le dice Jesús a la Madre Teresa: «*¿Tienes miedo? ¡Cuánto me duele tu temor! Si supieras cuánto me duele…«* Fíjate qué tirón de orejas le pega Jesús a la Madre Teresa…, que parecería muy normal que dijese: "Tengo miedo, es que a dónde voy yo, es que esto va a ser de verdad». Y el Señor le dice: "¿Tienes miedo? Cuánto me duele que tengas miedo… ¿No te das cuenta que estoy Yo contigo?"

O sea, que la clave para superar el miedo está en que nos abandonemos *Al que sabe, Al que puede y Al que ama*, que es el mismo. Que nos abandonemos a Dios. El miedo es la consecuencia de nuestra carnalidad, que se quiere agarrar a las seguridades, y el Señor educa nuestra alma, como le educó a la Madre Teresa de Calcuta en sus miedos o a cada uno de nosotros abandonandonos a Él. Fijaros como el refranero español tiene expresiones impresionantes cuando se dice: «*Bueno, Dios sabrá*». Pues eso lo decimos de aquí (de boca), pero no sé si nos lo creemos de verdad. En el refranero español hay cosas que son impresionantes, pero que no hemos terminado de creerlo. «*Venga, Dios sabrá».* O sea, yo confío en Él.

Dice San Juan de la Cruz: »*para ir a donde no sabes, debes de ir por donde no sabes*». O sea, tú no controlas el camino pero Él sí lo controla. «*Venga, Dios sabrá»*.

Madre Teresa de Calcuta dice: «*Soy demasiado pequeña para comprenderlo todo*. *Y por tanto, dejemos hacer al Señor de la casa, Quién es Sabio y Poderoso, Quien nos ama y entiende lo que nos conviene»*. Es decir, que si sufrimos por nuestros miedos, hay que luchar sin tregua con ellos. Cada acto de fe, cada acto de confianza, es una dulce caricia a Jesús. Yo voy a aprender a acariciarle a Jesús venciendo mis miedos, haciendo un acto de confianza y eso es una caricia a Jesús. Es una mirada de Jesús de complacencia: «Te has fiado de Mí y te lo agradezco».

Entonces, ¿cómo vencer los miedos, señores?, en éste libro se propone una parábola que me gusta mucho, muy bonita, de cómo vencer los miedos. Una parábola que tiene mucha miga. Dice así:

> *«Habiendo salido un rey de caza, perseguía a un conejo blanco al que sus perros estaban a punto de alcanzar. En esto el conejito, viéndose perdido, retrocedió rápidamente y saltó a los brazos del cazador. Éste, conmovido ante tanta confianza, no le soltó nunca de sus brazos, ni permitió que nadie le hiciese daño»*

Una parábola potente, potente. Pero claro, pero ponte también en el en la situación de ese conejito que dice: «¿De quién estoy huyendo yo? ¿De quién huyo?. Venga, tira para atrás que me echo en manos de éste que parece que es un cazador». Claro, esto supone una batalla porque yo estoy percibiendo a Éste como un cazador, y es mi Dios y Señor. Si está en Sus manos. No es mi cazador, es mi Señor. ¿Por qué huyo? ¿Por qué salgo corriendo? Y los avatares de la vida, esos perros que corren detrás tuyo, ¡no son perros de una jauría!, son circunstancias que Dios permite… ¡no les tengas miedo!

Es decir, que el método para vencer los miedos es el acto de confianza de que todo está en manos de Dios. Él es el que sabe, Él es el que puede, Él es el que ama. Si Dios me ama infinitamente, si lo conoce todo y lo puede todo yo, ¿qué voy a hacer?, dejar de correr y echarme en manos del "cazador", entre comillas el cazador, ya que es el que quiere cazar mi Santidad. Por eso Madre Teresa dice a su director espiritual: «*Rece por mí para que pueda besar con amor y alegría la mano que me golpea».* ¡Que no es un cazador, que me pienso echar en sus manos!. O sea, vencer los miedos es besar la mano que me golpea.

Teresita es una maestra en el arte de confiar y superar los miedos. Digamos que, si ella nos hablase con terminología de nuestros tiempos, nos diría: «no te preocupes del futuro, como si fueses tú quien debe disponerlo. Claro, así comprendo tu ansiedad. Esa ansiedad que tienes, ¿de dónde viene? de pensarte que eres tú el que tienes que disponer el futuro». O dicho de otra manera, Teresita de Lisieux nos diría: «mira, Dios existe y no eres tú. Relájate«. A ver, es que es así la cosa. Es así. Eso es lo que nos diría: «que Él es el que sabe, Él es el que puede y Él es el que te ama».

Hay que vencer los miedos.

6º Pobreza espiritual + esperanza. Las matemáticas de Dios.

Yo lo he titulado así de una manera un poco curiosa. Pobreza espiritual + esperanza. Las matemáticas de Dios.

En las matemáticas de Dios hay una ecuación que es: pobreza + esperanza = a Gloria.

Es decir, aquí la clave de unir la pobreza espiritual a la esperanza, más que una suma es una multiplicación exponencial. Claro que hay que luchar y esforzarse en la vida espiritual, pero cuidado, sabiendo, como dice Isaías: *«Todas nuestras empresas nos las realizas Tú».*

Teresita une el esfuerzo al abandono. Y esa es la clave. Están las dos cosas unidas. Ese ascensor que le eleva hasta el Cielo son los brazos de Jesús. Y, entonces, entiende ella que con esa confianza lo entrega todo. Teresita repetía el dicho de San Juan de la Cruz: «*Tanto se alcanza de Dios cuanto de Él se espera».* Cuanto más se desea a Dios, más se le posee. Luego la ecuación es pobreza espiritual más esperanza.

Yo todo lo espero de Dios. Entonces, como todo lo espero de Dios, pobreza más esperanza igual a gloria.

Entonces, ¿qué es lo que hay que hacer?, pues lo que hay que hacer es ganar a Jesús con el corazón. Dice ella: «*arrojarle a Jesús flores de los pequeños sacrificios, ganarle a base de caricias, de actos de confianza…».* Y fíjate, se atreve a decir: «*Así Le he ganado yo y espero ser bien recibida»*. O sea, se trata de entregarnos plenamente, pero sin voluntarismo, centrándonos en ganar el Corazón de Jesús.

Y esto nos lleva al punto siguiente. Las hermanas de Teresita, durante el proceso de canonización donde recogieron anécdotas de ella, y hay una que a mí me ha llamado mucho la atención. Dicen sus hermanas: *«Cuando le hablábamos del purgatorio para nosotras, ella nos decía: "¡oh, qué tristeza me dais! Hacéis una injuria al Buen Dios queriendo ir al purgatorio. Cuando se ama no puede haber purgatorio"».*

Esto me impresiona. Yo recuerdo que, explicando el Catecismo de la Iglesia Católica, cuando expliqué el purgatorio subrayé cómo el purgatorio es el estado de esperanza, donde, al fin y al cabo, es un regalo de la Misericordia de Dios que nos permite purificarnos para ir al Cielo. Y me acuerdo que dije en la radio que yo firmaría ser el que cierre el purgatorio. Le llegó la noticia al padre Mendizábal sobre lo que había dicho esto, y el padre Mendizabal me llamó y me dijo: "*José Ignacio, ¿tú has dicho eso?* — Le dije*: pues padre, sí, lo he dicho"*. Y entonces el hombre me reprendió. Me reprendió como Teresita de Lisieux reprendió a sus hermanas diciendo: "Tú no esperas en el Amor de Dios. O sea, ¿tú qué grado de esperanza tienes en Su Amor?". Yo recuerdo esa reprensión del padre Mendizabal diciéndome: "Tú, pero, ¿tú qué has dicho?".

Y… bueno, ya intenté rectificar en los siguientes programas, pero bueno, hicimos lo que pudimos.

7º Vida escondida en Cristo.

Dice Teresita una frase también, yo creo que muy luminosa. Dice: «*Hay cosas que si se exponen al aire pierden su perfume*». ¡Ojo, qué expresión ésta! Hay cosas que si se exponen en el aire pierden su perfume. O sea, que Jesús es un tesoro escondido y para encontrar al escondido tú también tienes que esconderte.

Entonces dice Teresita: *«¡Qué dicha estar también escondida, que nadie piense en mí! Ser desconocida, incluso de las personas que viven con nosotras»*. Cuando se empezó a poner en marcha el proceso de canonización de Teresita de Lisieux, las primeras sorprendidas fueron las de la comunidad: "Pero, ¿cómo? Esa que estuvo aquí entre nosotros…". Porque ella tenía perfectamente escondida su vida, incluso las flores de su vida interior las tenía escondidas. Teresita aceptaba ser olvidada y cuando se hablaba poco de ella, ella estaba encantada en no atraer la atención.

Dice el kempis: *«La verdadera sabiduría consiste en querer ser ignorado y tenido en nada»*. ¡Ojo! O sea, que el deseo de singularizarse, el deseo de brillar, a Teresita de Lisieux le horrorizaba. Entendía que era un veneno de la vida espiritual.

¡Incluso en la vida monástica! Que en teoría en la vida monástica hay muchas cosas en las que no hay distinciones, de dinero, de vestido, de regla de vida. En la vida monástica, todo el mundo viste igual… ¡sí!, pero en la vida monástica también existe el querer destacar porque… «"soy el más listillo", "soy el más no sé qué", "soy el que más sufre, pobrecito de mí"«. Uno puede destacar por muchas cosas… ¡cómo nos gusta destacar! Y obviamente ella se daba cuenta que aquí había un veneno espiritual con el que había que combatir.

Solo se hace pequeño el que desea permanecer oculto. Oculto. Entonces, aquí hay una pregunta. Una pregunta que formula este libro de *Mi Doctorcito*: ¿tú dónde buscas tu Santidad: en la vitrina o en el rincón?. Claro, yo, ¿la busco en la vitrina o la busco en el rincón?. Santa Faustina Kowalska dice: «*Le pido al Señor que me proteja de la mirada de las criaturas. Siento una inclinación a esconderme de modo que me conozca solamente el Corazón de Jesús».* Y dice también: *«En varias ocasiones he notado como las almas consagradas defienden su gloria fingiendo la gloria de Dios»*. ¡Madre mía, cuidado! que a veces uno fingiendo la Gloria de Dios está defendiendo su propia gloria. Y dice Santa Faustina: «*Prefiero ser la muchacha de los recados en el convento que la reina del mundo*». Y Teresita de Lisieux avisa: *«Almas apostólicas, andad precavidas porque la vanidad se desliza muy fácilmente en el corazón y entonces seremos como un cristal manchado que no deja pasar la luz»*. Y eso es tremendo. Es tremendo, cuando acontece esa vanidad… no dejamos pasar la luz.

Si esto lo dijo Teresita de Lisieux y Santa Faustina, entonces, ¿qué no diríamos hoy, por ejemplo, en el tiempo de las redes sociales? ¡Madre mía, qué peligro! ¿Es posible estar en redes sociales y no ser vanidoso?. ¡Madre mía, un Milagro de Dios!, eso es un Milagro de Dios. Es un Milagro que solamente Dios puede sostener.

El Kempis dice — atentos a esto, es una frase tremenda:

> *«Nadie se muestra seguro en público si no prefiere estar escondido. Nadie habla con acierto si no prefiere callar. Nadie manda con razón si no prefiere obedecer»*

«Nadie se muestra seguro en público si no prefiere estar escondido». ¿Quién tiene el don y la cualidad de estar en público? El que prefiera estar escondido. *«Nadie habla con acierto si no prefiere callar».* ¿Quién es la persona adecuada para hablar? El que prefiere callar. Que igual tendrá que hablar aunque él prefiera callar. *«Nadie manda con razón si no prefiere obedecer».* ¿Quién tiene el don del gobierno? El que prefiere obedecer. Entonces, quiere decir que tiene que haber una purificación en nosotros. Porque este 7º punto, vida escondida en Cristo, cada uno se lo tiene que aplicar ya que es un punto clave para la vida de Santidad. Yo creo que por este punto se nos va, por el punto de la vanidad, se escapa el agua fácilmente y se va por el desagüe. Se va por el desagüe el don de la Gracia que el Señor nos quiere dar.

8º Consolación y reparación.

Estamos hablando de consagrarnos al Amor, de consagrarnos al Amor. Jesús sólo quiere la correspondencia de nuestro Amor. Solo quiere nuestra correspondencia. La madre Teresa dice: «*Resonaba continuamente en mi corazón el grito de Jesús en la cruz: ¡Tengo sed. Tengo sed!»*. Bueno, digámosle a Jesús: «yo quiero saciar tu sed de ser amado».

Entonces, tenemos que profundizar en la atención a la espiritualidad de la consolación y de la reparación, que muy providencialmente la *Encíclica Dilexit nos,* se ha vuelto a poner ante los ojos del mundo. Porque sigue siendo totalmente cierto aquel grito del salmo 69:

«Esperé compasión y no la hubo. Consoladores y no los hallé».

Dios, el Corazón de Cristo, pide consolación y reparación.

Esta mística Gabrielle Bosíss, de la cual habla de vez en cuando en este libro, que esa mística Católica francesa, que es la autora del libro: «*Él y yo»*; ella escucha que el Señor le dice: *«Ocúpate de Mi Amor. No hay ningún huérfano tan abandonado como Yo*». ¡Madre mía, menuda expresión esta!, que el Señor te diga: "¿Sabes lo que te digo? No creo que haya un huérfano tan abandonado como el propio Amor de Dios abandonado".

Por lo tanto, incluso nuestra Caridad, esa Caridad que volcamos en los necesitados y, que debemos también de reparar al Corazón de Cristo, volcando nuestra Caridad en los necesitados, no tiene que estar desconectada de la intención reparadora al Corazón de Cristo. Porque como dice Mateo 25: «*A mí me lo hicisteis»*. Si yo estoy entregándome a este necesitado, se lo estoy haciendo a Jesús, y no tengo que desconectar la Caridad al prójimo de la consolación al Corazón de Jesús.

También, Gabrielle Bossis, dentro de sus experiencias místicas, escucha a Jesús decir: «*No seas amable por la amabilidad, sé amable por Amor a Mí*».

Por lo tanto, consolación y reparación.

Conclusión

En definitiva, uno lee este libro, que es una joya… Yo, la verdad, es que para mí ha sido una joya, me ha hecho mucho bien. He estado un año y medio haciendo oración con él y creo verdaderamente que uno saca la conclusión de que el mejor apostolado, ¡el único apostolado!, es la Santidad.

¿Cuál es el único apostolado? La Santidad. Todo lo demás son bromas. Es la Santidad. Entonces el celo apostólico no consiste en hacer muchas cosas, sino en hacer lo que a Jesús le agrada, darle alegrías al Corazón de Jesús, vivir en esta perspectiva.

Por lo tanto, dejemos aquí nuestra reflexión: Consagrarse al corazón de Jesús. Camino de Santidad, ocho claves. En el fondo no he pretendido hacer un resumen del libro, pero sí la interpretación que, José Ignacio Munilla, hace de algo, que siempre es subjetiva, pero creo que es un tesoro que nos puede ayudar para entender qué es consagrarse al Corazón de Jesús. Porque si no descendemos a estas claves de Santidad, podemos decir palabras muy hermosas que luego distan concreción concreta en nuestra vida. Consagrarnos al Amor supone todo ese camino de esas ocho claves en nuestro camino a Dios.

Y no olvidemos una cosa que Teresita prometió: «*No descansaré hasta que se haya salvado el último elegido*». Ella prometió pasar su vida eterna salvando almas. Y también, creo que podemos, debemos, encomendar a ella en este camino de Santidad.

«*No descansaré hasta que se haya salvado el último elegido*»

Le pedimos al Señor que ella también interceda en nuestra vida de Santidad.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.